

# Decencia para el Cambio

POR MARCELLO MALENTACCHI

**LOS GOBIERNOS DE TODO EL MUNDO PROBABLEMENTE NO TUVIERON MÁS OPCIÓN QUE RESCATAR EL SISTEMA FINANCIERO CORRUPTO QUE HABÍA CAUSADO EL FRACASO ECONÓMICO QUE ACTUALMENTE ESTAMOS PAGANDO. SIN EMBARGO, ES UN RESCATE A UN PRECIO MUY ALTO PARA LOS TRABAJADORES.**

En los últimos meses se han eliminado millones de puestos de trabajo industriales y relacionados con el sector servicios. La mayoría de ellos, principalmente en manos de jóvenes y de mujeres, provienen de las partes más vulnerables de la población activa: personas con contratos de corta duración, a tiempo parcial o encerradas en otras formas de trabajo precario.

Sobra decir, aunque no sirva de nada, que lo que ha ocurrido era previsible y se podía haber evitado. Los sindicatos de todos los ámbitos, y por supuesto en el plano internacional, habían advertido de que la especulación no regulada sería la ruina del sistema financiero. Afirmamos que lo que se necesitaba era un control ejercido en la órbita de los gobiernos nacionales y los parlamentos, así como normas de gobernanza acordadas que operasen a través de instituciones internacionales democráticas.

Resulta escandaloso que los gobiernos de los países más ricos del mundo tardasen apenas un par de semanas en recaudar 2.000.000.000.000 USD (es correcto, dos billones de dólares estadounidenses) para rescatar a los bancos, las aseguradoras y otros organismos financieros que se encontraban al borde de la bancarrota, cuando

sabemos que hace diez años, cuando la ONU pidió una décima parte de esa cifra para reducir a la mitad la miseria que afligía a los más pobres del mundo, casi nadie movió un dedo para recaudar ese dinero.

La economía de mercado basada en la especulación y el movimiento de capital sin control no es la solución a los problemas que afronta el mundo. Lo sabemos muy bien, y por eso el rescate no será la solución a la crisis si las medidas adoptadas por los gobiernos de Estados Unidos, Europa y Japón no están condicionadas a la intervención directa del estado. Si el estado no actúa de manera clara, el denominado plan de rescate sólo generará más especulación.

Al mismo tiempo, más allá de la crisis de los organismos financieros, son necesarias nuevas políticas industriales para que las economías se muevan. Esto debe sustentarse en la prioridad de crear un empleo sostenible.

El mundo necesita un sistema de banca financiera que actúe como motor del progreso e impulse el desarrollo de un sistema económico estable y sostenible. Los bancos y las aseguradoras deben acatar estas normas, determinadas por medio no de códigos de conducta voluntarios, ambiguos e interesados, sino por medio de leyes y

de normas internacionales reconocidas por todos los gobiernos.

Y lo que es más importante, la crisis actual debe servir de alarma para obligar al mundo a replantearse los modelos económicos y sociales. Debemos remodelar la agenda de la organización económica y social con el fin de conceder prioridad al aumento de la seguridad de los trabajadores y para dejar espacio a la humanidad y a la ética de la solidaridad. La medida del éxito de las políticas que se adopten ahora dependerá de las acciones que generen empleo estable y estimulen la redistribución de la riqueza en lugar de volver a la volatilidad de los mercados y a los beneficios a corto plazo.

En un mundo civilizado todos deberíamos poder acceder a un puesto de trabajo adecuado en una economía dirigida a producir riqueza y a brindar oportunidades para el autodesarrollo y la autoconfianza. Estos son los objetivos principales del sistema económico, social y político de la sociedad moderna.

La crisis actual ha sido causada por la especulación a través del movimiento de capitales en la red de los mercados bursátiles de todo el mundo. Sin embargo, la riqueza para las personas solamente se puede basar en la producción de bienes y servicios.

Las ingentes cantidades de dinero que los gobiernos han decidido destinar al rescate de los organismos financieros deben provenir de alguna parte. Es posible que la gente piense que esos fondos descansan en las cámaras acorazadas de los bancos centrales y que se puede disponer de ellos tan



pronto se toma la decisión pertinente. Pero no es así de simple.

Hay que generar el equivalente a dos billones de dólares a través del valor añadido del aparato productivo. Únicamente entonces se puede distribuir a las instituciones financieras, que a su vez lo canalizarán a través del sistema a las empresas y a los particulares. Lo que los gobiernos están dispuestos a hacer es emitir bonos que servirán de aval para las deudas futuras que contraigan los bancos.

Es decir, las próximas generaciones tendrán que crear más valor añadido para volver a liquidar las deudas que generan los responsables actuales de tomar una decisión.

El legado de nuestra generación no se limitará a la incapacidad de asegurar unas normas mejores para nuestros hijos y nietos, sino que dejaremos una carga mayor de deudas como consecuencia de la crisis financiera actual.

Nuestra sociedad está basada en el consumo. Lo paradójico es que no podemos consumir si no producimos, y si no producimos tampoco podemos consumir.

Nada de esto apunta a un regreso hacia las economías rurales o a los modelos primitivos de economía, basados en el intercambio de bienes.

Sin embargo, es ahora cuando debemos tener las cosas claras y pensar de nuevo en cómo fortalecer los valores fundamentales sobre los que consideramos que debe ser construida la sociedad.

El sistema de capital privado se ha quedado corto. Se ha comprobado que no es el modelo adecuado para resolver los tremendos problemas que asolan a un mundo enfrentado a retos tales como pobreza, atención sanitaria y condiciones de salubridad insuficientes, ignorancia y mala educación, cambio climático y escasez de agua, Migración y esclavitud moderna, así como el azote de la miseria que afecta a millones de personas en todo el mundo, sobre todo en África. Quedan aún por resolver todos estos y otros problemas a pesar de las promesas de que la globalización de la economía mundial, encabezada por una economía de libre mercado, aportaría las soluciones.

Se decía que el mercado podría cuidarse de sí mismo. Que no había necesidad alguna de intervención o control por parte del estado. Ahora observamos las consecuencias de una liberalización insensata de la economía, impulsada primero por Reagan y Thatcher y posteriormente adoptada por los demás,

incluidos muchos gobiernos y partidos democráticos progresistas y sociales.

Necesitamos tomar un nuevo rumbo. Podemos comenzar estableciendo como objetivo una distribución más justa de la riqueza mundial. En este sentido, el movimiento sindical de carácter nacional, regional e internacional tiene un papel importante que jugar. A través de la negociación colectiva podemos empezar a renovar el diálogo que brinda justicia y recompensa a la gente que ha sido olvidada en la carrera por apuntalar el crujiente aparato de la globalización.

La crisis se puede arreglar y es posible volver a la decencia, pero eso únicamente ocurrirá si escuchamos a los trabajadores. Eso implica asegurarnos de que el derecho de asociación y el derecho de negociación colectiva constituyan las piedras angulares de una nueva estructura económica y social que nos facilite los medios necesarios para garantizar que nunca más somos tomados como rehenes por los profesionales del mercado, que actúan de manera turbia pero hábil.

**Marcello Malentacchi** es Secretario General de la Federación Internacional de Trabajadores de las Industrias Metálicas (FITIM).